

Diario íntimo de una adolescente colombiana



Susana Zanetti

UBA / UNLP

Resumen

El Diario íntimo de la importante escritora colombiana Soledad Acosta de Samper, hace poco descubierto y editado, es uno de los pocos diarios íntimos del siglo XIX hispanoamericano. Iniciado a los veinte años y concluido dos años después, encierra su historia amorosa con José María Samper, destacado político y escritor colombiano, y sus primeros pasos en la experiencia de escritura. Este artículo se propone analizar los matices que adquieren en él los rasgos del género, especialmente las transformaciones que se van operando en el secreto característico del diario, al abrirse al diálogo amoroso y a un intercambio que roza el intercambio epistolar.

Palabras clave

*Escrituras del yo
Soledad Acosta de Samper
Literatura femenina colombiana*

Abstract

The recently discovered and published personal journal of the prominent Colombian writer Soledad Acosta de Samper is one of the few such journals in Latin America of the nineteenth century. Written between the ages of twenty and twenty-two, it narrates her relationship with José María Samper – renowned Colombian writer and politician – and the beginning of her career as a writer. This article seeks to analyze the gender undertones of the journal, focusing on the transformations that take place in the characteristic secrecy of the personal journal as it opens itself to a dialogue on love and an exchange that approximates the epistolary genre.

Keywords

*Writings of the I
Soledad Acosta de Samper
Colombian feminine literature
Hispanic XIX Century*

“Pepe, cuando leas lo que arriba he escrito piénsalo, pero nunca me hables de eso. Tal vez yo no lo debía haber escrito, pero este es mi ‘diario’ y tengo que recordar aquí todas mis emociones y todos mis más hondos sentimientos ...”

Soledad Acosta

Un diario muy singular

“Son las dos de la tarde” cuando hace el pedido del epígrafe, según apunta en su Diario el 13 de febrero de 1854, Soledad Acosta, una jovencita de sólo veinte años. Lo ha iniciado el 14 de septiembre del año anterior. Lo continúa a lo largo de veinte meses, hasta el 4 de mayo de 1855. La cita revela la singularidad de este diario, alejado ya por entonces, aunque con dudas y reparos, del encuentro íntimo y a solas, del espacio propio, secreto, que lo había caracterizado. Singularidad acentuada porque aún en las últimas décadas del siglo XIX eran pocos los diarios femeninos conocidos en América Latina, cuando la introspección y la escritura se imponen como rasgos del género, sobre todo alentados por la edición de Amiel (1882-1884), de los Goncourt (1887), de María Bashkirtseva.

Se creía perdido este diario. Carolina Alzate lo localizó en la antigua estancia de Yerbabuena (perteneciente al Instituto Caro y Cuervo), transcribió el manuscrito, editado enseguida, en 2004.¹ Se diluyen así las asperezas, “la selva de palabras” (Simonet-Tenant, 137) de un manuscrito siempre de difícil desciframiento, con agregados en desorden, páginas cortadas, “papeles de varios tamaños y colores, cosidos, sueltos, recortados. Atados por manos cuidadosas con cintas de colores...”, escritos de arriba abajo sin dejar casi un espacio”.² Publicado ahora –son 650 páginas bien grandes– pierde los signos de intimidad que descansaban en la letra manuscrita, las tachaduras y los blancos, junto a las flores secas y los dibujos. Así leído, entramos a la condición de intrusos, de quien no accede ya a la fragmentariedad, a las distancias que encerraban el futuro ignorado. Se lo lee progresivamente, desprovisto de los blancos que quebraban la continuidad. “Escribir es acto secreto” que hace coincidir la experiencia y el discurso: “en el momento que escribo”, “siento ahora” son indicadores de simultaneidad; nuestra lectura frustra esa ilusión de vida instantánea, dice Jean Rousset en *Le lecteur intime*.

En todo diario se suceden las preguntas de una subjetividad sobre sí misma, sobre cómo alcanzar permanencia en medio de sentimientos contradictorios, extraños muchas veces, a los que otras escrituras del yo intentan dar coherencia valiéndose de la mirada al pasado desde el presente de la escritura. La deriva del día a día, el azar del comienzo, el posible abandono o el final incierto, muchas veces impuesto por la muerte, separan el diario íntimo de la aspiración a la continuidad del relato, como dadora de sentido a una subjetividad que busca suturar fracturas desorientadoras. La experiencia del diarista es experiencia del mundo y de sí en el tiempo, a la vez que experiencia de escritura.

Si el día a día del diario es discontinuo, fragmentario y generalmente justificado el comienzo por una motivación apenas esbozada, la anotación aquí, ya desde la primera página, nos dice que el principio y el final están determinados por una historia amorosa que culmina en matrimonio, y cierra el diario (la víspera de su casamiento y de cumplir 22 años).³ El encuentro amoroso va pautando el texto y es su motor: lo cierra la boda.

El novio fue José María Samper (1828-1888), historiador, novelista, poeta, e importante intelectual comprometido ideológicamente con el liberalismo radical colombiano, y muy crítico luego, a partir de asumir el cargo como Representante de Cundinamarca durante el primer gobierno de la Constitución de Rionegro en 1863. Soledad lo conoció

1. La edición incorpora antes de la transcripción del diario, unas “Reflexiones” de Guaduas, escritas el 22 de agosto de 1853 (dos textos, el primero en inglés con traducción al español siguiendo cada párrafo, y el segundo una ficción breve, que guarda muchos lazos con la situación que vive en ese momento la autora). Además incluye una sección aparte del diario, “Desde el 13 de octubre hasta el fin de la revolución”, a la cual se agregan unas breves “Memorias íntimas”, escritas en 1875 y la proclama “Soledad Acosta a las valientes bogotanas”, más dos anexos (“El libro de los ensueños de amor: Historia poética del bello ideal de la ventura” por Soledad Acosta y José María Samper, 1855, y el Anexo 2: Poemas de José María Samper, especialmente dedicados a su novia). Todas las citas pertenecen a esta edición indicando número de página. (Puede consultarse en Internet la edición facsimilar de todo el Diario de Soledad Acosta De Samper en la Biblioteca Digital Palabra del Instituto Caro y Cuervo. La primera parte disponible en: <http://www.bibliodigitalcaroycuervo.gov.co/id/eprint/74> y la segunda parte disponible en: <http://www.bibliodigitalcaroycuervo.gov.co/75/> Fecha de consulta: 14 de setiembre de 2013).

2. Se sabía de este diario por una conferencia de Bernardo Caycedo en 1952. Parece que no ha sido su único diario, pues en la entrada del 7 de abril de 1854 hace referencia a otro de 1847, de sus años escolares en París, no hallado hasta hoy.

3. Apunta al comienzo: “Hoy hace un mes que comenzaron las fiestas en Guaduas, no, me he equivocado, va a ser un mes mañana” (14) y más tarde, “Están dando las ocho con melancólica pausa en los campanarios (...). Hoy hace tres meses estaba yo feliz” (19 de noviembre 1853, 85).

cuando visitaba a su prima en Guaduas, pero el encuentro se interrumpió enseguida por el regreso de ella a Bogotá donde vivía con su madre, ya viuda. Su padre Joaquín Acosta, notable historiador y geógrafo, se había destacado en las luchas por la independencia, también había escrito un diario de 1826, aún inédito; su ausencia se hace notar en el diario y su significación se advierte en muchos textos de su hija –algunos artículos críticos interpretan este tema–.

En *Historia de un alma* (1881), memorias íntimas de Samper, describe con detalle el encuentro; así lo inicia: “A la cinco de la tarde atravesábamos en gran pelotón la plaza principal de la ciudad, y como en una de sus casas vivía una familia con quien yo tenía antiguas relaciones, volví la vista al pasar, hacia las ventanas. A una de éstas estaban asomadas dos señoritas de tipos muy diferentes: la una era mi amiga...; la otra me era enteramente desconocida. Las miré con mucha atención, las saludé, y seguí andando para ir a apearme en la acera del frente....” Y enseguida apunta: “El alma profundamente seria de aquella señorita... se había juntado para siempre con la mía en una mirada....” (274-275).

Philippe Lejeune señala que la espera del amor y del matrimonio caracterizaron los diarios de adolescentes del siglo XIX en Francia. Y es posible que tal motivación haya influido, ya que Soledad Acosta (1833-1913) había vivido y estudiado en París entre 1845 y 1850, cuando su padre se desempeñaba como representante de Colombia. Pero en cambio no obedeció al consejo habitual de sacerdotes y profesores de “llevar un diario” –eficaz medio de control religioso y moral de las “jeune-filles”–.

Este es un diario laico.⁴ Desde el inicio fue espacio de introspección y análisis de sentimientos y experiencias, de proyectos de lecturas que iban definiendo su identidad, sus concepciones políticas y sociales, tanto como su preocupación por la condición de la mujer. Fue también taller y segundo motor de la escritura. Asistimos al leerlo al momento de formación de la escritora Soledad Acosta de Samper –una muchacha culta, con un muy buen conocimiento de francés y de inglés (su madre era inglesa y ella pasó varios años con su abuela en Nueva Escocia)–: en la prensa fueron apareciendo desde 1858 sus numerosos cuentos, artículos, novelas, ensayos o biografías –que la convirtieron en la más importante escritora colombiana del siglo XIX, ejemplo además de profesionalización femenina, desarrollada en periódicos, algunos fundados y dirigidos por ella, como *La Mujer* (1878-1881), *La Familia* (1884) o *Lecturas para el Hogar* (1905-1906). En 1895 reúne un buen número de ellos dedicados a la significación social, literaria e intelectual de la mujer hispanoamericana, con el título de *La mujer en la sociedad moderna*.⁵

Como sabemos la percepción y la concepción de lo íntimo varía según las épocas, los diferentes ámbitos culturales y sociales, y los autores. El modo de este diario de expresar dudas y angustias que conviven y tensionan la relación amorosa, la búsqueda de soledad, la melancolía, la atracción de la noche o las preguntas sobre la muerte, nos hablan de una sensibilidad romántica, corroborada por las citas de textos mencionados o citados en epígrafes, casi siempre en cada entrada del diario. Al mismo tiempo, el romanticismo y la ansiedad adolescente alimentaban en Soledad la ilusión de transparencia, mientras iba comprendiendo que todo diario compagina con dificultad las distancias entre lo vivido y lo escrito:

La vida se compone de pequeños incidentes que nos llevan a grandes acontecimientos. Uno mismo no se conoce sino cuando algún autor toca la cuerda sensible y, así, encuentra que tiene los mismos sentimientos. Yo tengo gustos raros, me gusta lo fantástico, lo vivo, lo raro, en fin, lo que no es común; no puedo sino admirar hechos de valor, sentimientos generosos, románticos, y aquello que a todo el mundo le parece locura arranca de mi alma un grito de admiración... ¿Cuándo encontraré un ser como yo me he figurado? (17 de septiembre de 1853, 15)

4. El siglo XVIII en Europa asiste a la emergencia de lo individual y de lo privado, de la atención a la sensibilidad, unido a dudas e incertidumbres del sujeto, de nueva percepción del tiempo, entre otras motivaciones, auspiciada además por los textos de Rousseau. Surge entonces una importante producción del diario íntimo y laico. Pocos diarios femeninos fueron publicados –“*les femmes écrivent, les hommes publient*”, señala Françoise Simonet-Tenant, ob. cit., 73).

5. Las investigaciones, los artículos críticos y las ediciones realizadas en las últimas décadas por Monserrat Ordóñez y sus discípulas, especialmente por Carolina Alzate, evidenciaron la significación de Soledad Acosta en el siglo XIX colombiano. Se han editado de Soledad Acosta de Samper: *Novelas y cuadros de la vida suramericana* (incluye sus más importantes novelas: *Dolores, Teresa la limeña, El corazón de la mujer*, etc.), 2004; *Una holandesa en América* (2007a); *José Antonio Galán. Episodios de la guerra de los comuneros*, 2007b.

El acopio de experiencias del día a día no da lugar a una autoconfiguración estable o totalizable. Sujeto enunciador y sujeto del enunciado, el diarista se desdobra, se observa, se representa en busca de una imagen de sí que se le escapa: “No sé qué me ha sucedido, unos ratos estoy alegre, en todo encuentro placer, mientras otros ratos vienen unos pensamientos tan tristes... Unas veces estoy tan triste, tan abatida, que quisiera llorar y gemir. Y todo esto no sé por qué.” (23 de septiembre de 1853, 18). Gusdorf aprueba su lógica: “Uno de los encantos del diario íntimo es esa indolencia, esa no dirección garantizada por el orden cronológico, en virtud del cual no importa cuál experiencia puede suceder a no importa cuál otra” (Gusdorf, 327). Para lograrlo deberíamos imaginar el poder del manuscrito, si atendemos a las reflexiones de Lejeune, para quien cuando se convierte en libro, “El dejarse ir del diario parece arrogancia, la tipografía cambia el horizonte de expectativa, repeticiones y detalles insignificantes, naturales en un diario, parecen incongruentes, chatos, nulos” (Lejeune: 1997, 54).

En el diario que consideramos, quizás por ser el de una adolescente, los cambios de humor reiterados, el vagabundeo por lo anodino, ambos entorno de la soledad y el encierro, que enmarcan las angustias ante la ausencia exacerbándolas, son hilo conductor del texto; angustias que no se disipan con el noviazgo al año siguiente, pues apenas comenzado Samper debe partir, obligado por su cargo de secretario de la Cámara de Representantes, especialmente durante la guerra civil, entre abril y diciembre de 1854 (a raíz del golpe de estado del general José María Melo).⁶

6. José María Samper era Secretario del Congreso y, al producirse la revolución se fuga con una de las figuras políticas más notables del período, Salvador Camacho Roldán, también liberal radical.

Aumentan entonces los temores y las dudas ante la censura y los chismes por la conducta y las ideas del novio, su anticlericalismo sobre todo; se reiteran ejemplos como estos: “¿Qué tengo yo con lo que dicen las gentes, qué me importa a mí lo que piensen?”, 10 de febrero de 1854, (136). A esto se suman los celos por el amor a la primera esposa, muerta en 1852, celos acrecentados al leer los poemas que Samper le había dedicado. Todo ello transformó su mundo interior, sus ideas y sus gustos; también se ha esfumado la tranquilidad de su vida pasada, como comprueba cuando revisa un cuaderno suyo sobre literatura escrito hacía seis años: su relación con Samper domina ahora el presente y las preguntas sobre el futuro:

¡Lo futuro! Lo miraba por entre el prisma encantador que me presentaba la esperanza, y de repente me traía, me recordaba las emociones que ya no tienen eco en mi corazón y recordaba mis ideas presentes y mis pensamientos pasados ¡Cuán diferentes eran! ¡Y en tan poco tiempo puede cambiar un ser así! ¡Y dos meses ha que se hizo una revolución en mi alma y habré encontrado por fin la verdad que tanto ansiaba encontrar! ¿O será todo una ilusión de la cual despertaré? (30 de octubre 1853, 50).

El secreto del romance –de algún modo la vuelve heroína de novela– se funde con los rasgos propios de la adolescencia ya aludidos, marcados por la inquietud ante el descubrimiento de sí, cuando la vida aparece como atravesada por enigmas y zonas oscuras. La escritura le ha enseñado también que solo por momentos la palabra capta esa identidad fugitiva, momentos de epifanía, los llama Michel Braud, “segmentos autónomos de existencia en la grisalla de lo cotidiano”, cuando “hace de la escritura de sí, el doble continuado de la existencia” (Braud, 125 y ss.).

El secreto “Hogar de la intimidad”

Soledad Acosta se retrae ante la incompreensión que la rodea y hace del diario refugio y confidente; espacio íntimo donde pensarse, a solas, a distancia de los otros. Como “Hogar de la intimidad” define al diario Alain Girard (1963, 70). Poco

a poco se va encontrando el lenguaje para volcar en él aquello que el diarista llama sinceridad, la página en blanco que sigue a esta reflexión, confirma los titubeos ante la conciencia de esa entrega: “Mi Diario es como un amigo a quien no se conoce bien al principio y al que una no se atreve a abrirle enteramente su corazón. Pero a medida que se conoce más se tiene más confianza y al fin le dice cuanto piensa.” Este ocurre en la entrada del 19 de noviembre (86); poco antes, el 6 de ese mes, la confidencia se excusa y se demora, hasta finalmente reconocer el lazo con el diario. Así comienza: “Estamos en domingo por la tarde. No había escrito en días pasados, pero no sé por qué. Ayer tarde... mi pluma rehúsa escribir... Mi mente no puede formar pensamientos apropiados...”. El envío del regalo de Samper de un libro para su madre, la lleva a retomar el diario: “¡Cuán profundamente feliz estaba!... Tú, mi Diario, recibe mis pensamientos... Tú, no más, conoces la extensión de mi gozo... Guarda mis ideas y no las vayas a revelar a ningún ojo imprudente y curioso” (58-59).

Insiste tanto en el registro de las discontinuidades como en la acumulación de entradas a distintas horas. Este es el ritmo del diario. Escribe casi siempre varias veces al día y anota cuidadosamente las fechas, como también apunta que ha pasado días sin escribir, porque nada pasó, o por desgano o angustia. Relee y comenta esas relecturas. Define a su diario como “el libro del tiempo”, en el que se ve vivir, volviendo palpable el movimiento de su existencia, su subjetividad inestable, caprichosa o rebelde a los proyectos de futuro, como comprueba en los balances de lo hecho, generalmente habituales en todo diario: “Si cada ser tuviera un diario o recopilación de sentimientos, al poder leer el resumen de la vida interior de cada persona el primer día del año se comprendería mucho más el corazón humano ...” (1 de enero de 1855, 460).

La sensibilidad y las reflexiones sobre sus lecturas alimentan la intimidad que establece con el diario, modelan una nueva percepción de la individualidad femenina, aunque dentro de un entorno ligado también a concepciones tradicionales de mucho peso en Colombia, que pueden interpretarse vinculadas a sus ideas religiosas y, con ciertos cuidados, a su catolicismo, pues no comenta lecturas de libros piadosos, ni abundan referencias de idas a misa y ninguna de relaciones con sacerdotes, sobre todo si tenemos en cuenta ese contexto. Carolina Alzate señala con razón: “Acosta de Samper no es más religiosa que los liberales de su época”, para colocar su producción en el marco de las negociaciones que llevaron adelante las mujeres por su derecho a actuar en la vida pública, que les está vedada. El discurso republicano, cualquiera sea su tinte político, “no contempla la participación de su *ángel del hogar* fuera del ámbito de lo doméstico. El caso colombiano no es diferente.” (Alzate: 2006b, 309). La joven se rebela ante la condición de la mujer, encerrada en una cotidianidad anodina: “¿qué puede haber digno de escribirse en la monotonía de la vida? (...) si yo tuviera que vivir así, antes de poco moriría de desesperación.” (15 de septiembre de 1853, 14-15) Un año más tarde, se intensifican las quejas: “Dicen que las mujeres no son sinceras... ¿Sin embargo qué otra cosa podemos hacer? Todo lo que hacemos, lo que decimos y aun lo que pensamos es causa de crítica para los demás... ¿Adónde está la libertad?...” (11 de septiembre de 1854, 389) De todos modos esa monotonía no conlleva en este diario los efectos de inmovilidad, que lo distancian de la definición de Genette, quien ve en el diario íntimo “la forma más próxima al libro sobre nada” (114). Es joven y disfruta de la sociabilidad bogotana: le gusta bailar, que la cortejen, ir al teatro, pasear, pasar los atardeceres con sus amigas en el balcón.⁷ Pero pocos meses más tarde, el 21 de abril de 1854, el golpe de estado del general Melo –que comienza con la prisión del presidente José María Obando y los miembros del poder legislativo– irrumpe en el diario con la guerra civil, la llegada de tropas y los rumores tanto como las noticias inseguras, a menudo falsas, y la ocupación de Bogotá.

7. Señala Suzy Bermúdez: “El contacto de las mujeres con el exterior se hacía a través de la ventana cuando no salían de la casa o cuando eran visitadas por amigos o familiares; por eso se escribieron varios artículos en la época que hacían referencia a señoras y señoritas ‘ventaneando’” (157).

Las lecturas la preservan de las fronteras estrechas de esa falta de horizontes que tanto teme. Vuelve al tema varias veces a lo largo del diario, especialmente durante la guerra, que limita la acción femenina a bordar cintas, banderas o confeccionar vendas. La orienta la sed de saber, si bien los conflictos íntimos, especialmente el amoroso, o las tensiones y atropellos del presente, le impiden leer. Se reprocha repetidamente su pereza o su desidia: “Son las ocho de la noche. Qué día el que he pasado. ¿Qué he adelantado? Nada.” Su biblioteca, heredada seguramente del padre –no anota, como ocurre en la mayoría de los lectores de esos años en Hispanoamérica la dificultad de obtener libros–. Meses después ha cumplido el programa:

Estudio ahora por la mañana, leo Historia Antigua, leo la vida de Alejandro por Plutarco. Por la tarde tomo un libro de menos estudio. Por ejemplo, hoy leí la vida de Virgilio. A las cinco o cuatro y media me ocupo con una novela hasta que comienza a oscurecer, que me asomo al balcón. Por la noche he estado estudiando la *Eneida* de Virgilio (16 de enero de 1854, 121).

Acude a *El arte de pensar* de Condillac y *El arte de conocer la verdad* de Balmes, copia ideas de Cicerón así como se vale de concepciones de Platón para alimentar sus ilusiones de unión amorosa. A veces las buenas intenciones alientan también lecturas poco apropiadas para el momento, como ocurre cuando toma la vida de Demóstenes para contener la ansiedad, en el momento en que acaba de llegar Samper, luego de cinco meses sin verse.

Escribe sobre todo de noche, cuando nadie la interrumpe, acompañada por el tamborileo de la lluvia; mientras la mirada se desliza, como muchísimas veces, a la contemplación de la calle vacía, del cielo o de la luna:

¡Qué oscuridad tan profunda! ¡Oh noche, bella noche! Te amo oscura, tenebrosa... ¡Para el alma agitada, incierta, cuánto más dulce es contemplarte así. ... Nubes negras cubren el cielo y el agua que ha caído en todo el día moja el suelo. Qué quieta está la calle, no se oye ni un movimiento que indique que pasa gente... Está lloviendo otra vez... Noche melancólica, noche triste, dime... ¿Mi bien está pensando en mí? (23 de marzo de 1854, 162).

En la soledad de la noche se siente por fin sola, sin la continua invasión de los otros (“Siempre he de tener testigos para todo lo que hago”, 1 de diciembre del 1853, 93). Cuando disfruta de esa libertad deseada, alcanza entonces la plenitud de su intimidad, se deja llevar por las “*revêries*”, que alimentan la imaginación y el ensueño, al amparo de sentirse unida al paisaje que mira desde la ventana de su cuarto mientras escribe: “Oigo palabras en el aire. A mi alrededor cuántas mágicas bellezas”, había escrito dos meses antes (4 de abril de 1854, 186). También relata algunos de sus sueños, especialmente los que expresan sus inquietudes ante la muerte.

La enfermedad, la sexualidad, el cuerpo en suma, se expresan limitados por el pudor de las palabras, no solo porque suelen estar ausentes en muchos textos publicados de este tipo en el siglo XIX, sino también porque el diario se abre al diálogo con Samper, un destinatario imaginario y deseado que se irá convirtiendo en real, a partir de las cartas que de él recibe, comentadas o transcritas en parte, así como la escritura misma del diario se contamina en cuanto toman los rasgos y la textura de cartas al novio.

El diario la ayuda a darse un sentido. “El conocimiento de sí es (siempre) una acción sobre sí” (Gusdorf, 335), que emprende ante la carencia de un guía (lo había sido su padre) recurriendo a la introspección y a los libros –“No tener quien me comprenda, quien me aconseje”, 1 de diciembre de 1853 (93)–. Samper irá siendo ese ser esperado, a quien abre finalmente su diario.

La experiencia de la guerra civil

Volvamos al diario ahora ante la realidad exterior de la guerra civil que, por una parte, se extiende en los miedos íntimos por Samper: si en un primer momento piensa que no se ha incorporado a la lucha, la ausencia de cartas aumenta luego la incertidumbre ante las noticias y los falsos rumores que le llegan (“las chispas”, como los llama), zozobra que amenaza la existencia misma del diario, como leemos en la entrada del 15 de octubre: “Un año hace que comencé a escribir este diario... ¿Debo conservarlo o quemarlo? ¿Para qué estas ideas, locas algunas veces, tristes casi siempre y dudosas generalmente?” (403). Y, por otra parte, aprende a seleccionar los episodios que van puntuando el desarrollo de la guerra –la carestía de los alimentos, la prisión de parientes y amigos, los saqueos y las contribuciones forzosas, o peor aún, los heridos y los muertos–. Todos ellos dan cuenta de una percepción de la realidad social de su país, que se suma a las críticas a la dirigencia política expresadas en el diario, desde sus concepciones de la justicia y la ética que deben presidir los actos del estado; lo vemos cuando cuenta la conmoción que siente ante la incorporación forzada de campesinos, a menudo indígenas, como ocurre el 21 de agosto de 1854:

Las calles estaban desiertas y solo en la puerta del cuartel de la Plaza de Santander lloraba una multitud de mujeres, pobres indias que habían venido al mercado y les habían quitado sus maridos o sus hijos y las bestias que habían traído. Limosneros imploraban algún socorro de todos lados, muchachos que pedían un pedazo de pan corrían alrededor de nosotros y nos llenaban de aflicción al ver tanta miseria (364).

Poco después, el 3 de septiembre, sólo ve en la calle “(...) una porción de infelices indios que llevaban de vestidos de soldado y cabizbajos ¡Desgraciados!, acostumbrados a vivir en sus ranchos con gente solo de su raza, no pueden existir en un lugar como el de Facatativá”(380).

Siente que solamente puede colaborar bordando cintas o armando vendas para enviarlos al frente, en tanto el diario alcanza dimensiones de testimonio de las conductas de la sociedad bogotana, sea en cuanto espectadora de los combates que ella, como muchos otros vecinos, siguen a la distancia con catalejos. La lucha se va acercando: “Los tejados de las casas estaban llenos de personas que miraban el combate... Seguían los tiros sin cesar y de tiempo en tiempo cañonazos. Se oían los vivas que repetían los Constitucionales que presenciaban todo desde los cerros y colinas... balas caían sobre las casas...” (25 de noviembre de 1854, 431). Ya en el centro, mira desde los balcones de su casa o desde las de sus amigos. Cuando retorna la calma, resume la lucha de los últimos días. Pronto el combate llega a las calles vecinas a su casa (“Entonces comenzaron a silbar las balas por todas partes... Los ‘quién vives’ en la puerta y el entrar y salir de los soldados.”, escribe el 6 de diciembre), episodio que culmina con el relato del fin de la guerra. El 11 de diciembre celebra el reencuentro: Samper escribe en el Album, que le había regalado, un poema, “La Estrella”, y también le pregunta si había escrito en el diario, para establecerse enseguida el intercambio.

La intimidad del diario se desliza al ámbito público, amparado el desafío en el sentimiento republicano. En abril comienza a reescribir algunas entradas del diario, cuya primera versión da al pie la editora. Dedicada al relato de la guerra civil un diario aparte, titulado “Desde el 13 de octubre hasta el fin de la revolución”, y la proclama “Soledad Acosta a las valientes bogotanas.” Más tarde, en muchos relatos y artículos periodísticos dedicados a la mujer y la lectura femenina, especialmente a la lectura de las jovencitas, ingresa la experiencia propia adquirida con la escritura del diario.

El taller de escritura

El diario se abre a un registro de la vida de la ciudad alterada por las dolorosas experiencias que la guerra trae, registro que enriquece la aptitudes narrativas de Soledad, flexiones nuevas del aprendizaje de escritura, aprendizaje que hasta hacía poco tiempo sentía frustrado: “Son las diez de la mañana. He estado leyendo a pedazos este diario, ¡qué mal hecho!” (24 de octubre de 1853, 43). Los lamentos se atemperan cuando comprueba sus progresos en la organización de los pensamientos y en la escritura, sobre todo desde que cuenta con la comprensión y aliento de Samper y las enseñanzas que obtiene de sus lecturas literarias:

Sin embargo encuentro que he mejorado mucho desde que empecé a escribir lo que pienso. Así no solamente se aprende a escribir con claridad y precisión sino que pensando mucho se encuentran en el fondo de nuestra mente ideas que aunque estaban allí no se sabía que existían porque no había necesidad de que se mostraran antes... Ahora puedo hablar o escribir (...) con mucha más precisión (...) y mis pensamientos los puedo vestir de palabras más escogidas (27 de marzo de 1854, 167).

Pero apenas comenzada la guerra muestra su aptitud como narradora en relatos de las experiencias de esos días, como sucede con su corta estancia en el convento de Santa Inés, a donde la madre la envía en busca de protección. Elige el género como forma de dos de sus relatos: en “La monja”, se cuenta una historia de evidente matriz autobiográfica sobre la vida en un convento a partir de la lectura que la narradora hace del diario de una jovencita, que se ha refugiado allí a causa de la guerra; el otro, *Dolores*, publicado en *El Mensajero* de Bogotá en 1867, cruza cartas y diarios para narrar la desventura de una muchacha leprosa que se aísla hasta su muerte en la lectura y la escritura. Beatriz González-Stephan en “La in-validez del cuerpo de la letrada. La metáfora patológica” realiza una sólida interpretación de esta novela, valiéndose de documentación médica de la época, a partir de preguntas acerca del lazo sintagmático entre

la enfermedad y la mujer intelectual, entre la lepra y la sexualización del saber. En otras palabras: ¿qué ciudadanías aparecen en el reparto de las representaciones imaginarias como necesariamente patológicas e invali(da)das? La diseminación y funcionamiento de las narrativas del contagio, y específicamente, el poder de la ficción como agente “infeccioso” y no las enfermedades como fuente de contaminación, sino el peligro de contagio de las letras, es decir, ¿en qué medida qué tipo de literatura contamina y subvierte no sólo las subjetividades femeninas sino también las masculinas? (2005, 56).

Otro ejemplo significativo es la novela *Una holandesa en América*, publicada ilustrada y por entregas en Bogotá en 1876.⁸ En un primer momento recurre al diario ficticio de la protagonista, una joven holandesa que cruza el océano camino a Colombia, diario que no proviene del de Soledad Acosta, si bien debió incidir su experiencia del cruce del Atlántico y de sus conocimientos de los procedimientos que avalan la verosimilitud del género. En un segundo momento escoge seguir paso a paso los avatares de la guerra narrados en su diario íntimo, transfiriéndolos sobre todo a fragmentos del diario de una amiga de la protagonista, que vive en Bogotá. Oblicuamente ingresan las penurias y sentimientos del diario de Soledad Acosta a las de este personaje, enamorada de un joven configurado a partir de Samper.

En relatos anteriores a esta novela, como *Teresa la limeña*, publicado en 1868 en *La Prensa*, la narradora dudaba de los efectos que la idealización romántica podía provocar en las jovencitas: “¿Se debe permitir que germinen en el alma de las jóvenes, ideas románticas, inspirándoles un sentimiento erróneo de la vida, pero noble, puro

8. Firma la novela por su seudónimo Aldebarán. En 1888 se edita en libro en Curazao, y en 2006 la Universidad de Los Andes lanza la segunda edición al cuidado de Catharina Vallejo.

y elevado?” (109). En cambio, ya en las primeras páginas de *La holandesa en América* la narradora critica el bovarismo romántico como responsable, muchas veces, de la futura desdicha de lectores crédulos. Otros personajes desmienten los peligros del romanticismo, sueñan y divagan con las novelas que leen pero logran matrimonios dichosos. En carta a su amiga holandesa la muchacha bogotana parece ser la encargada de recuperar las ilusiones de la adolescente Soledad Acosta. Pero la escritora ha atravesado ya momentos muy difíciles: en 1872 mueren sus dos hijas (de 12 y 18 años) durante una epidemia en Bogotá; en 1875, por la prisión de Samper y la confiscación de los bienes familiares, debe hacerse cargo del sostén del hogar. Se ha alejado ya de la adolescente que fue, cuando la atraía la lógica del desorden, uno de los encantos del género, según Gusdorf, ya citado. El desplazamiento de los epígrafes –de Lamartine o de Voltaire, hasta el último Balzac (“*La vie est un travail, un métier qu'il faut se donner la peine d'apprendre*”)–,⁹ simbólicamente nos señala como la novela retacea ese rasgo y se le impone una dirección que representa la función social de la mujer en la Colombia de la segunda mitad del XIX. Asumiéndose como patriota y republicana insiste en destacar las cualidades de una sensibilidad apta para encauzar formas de sociabilidad y de educación capaces de atemperar la anarquía y la violencia que impedía arbitrar los caminos de la nación.¹⁰

Hacia 1864, cuando ya ha visto aparecer sus primeros artículos en *La Biblioteca de Señoritas* y en *El Mosaico*, Soledad Acosta escribe dos textos muy diferentes. Por una parte, en las *Memorias íntimas*, busca responderse a la pregunta “Quién soy yo, de dónde vengo y adónde voy?” (591), repasando en un único apartado sus recuerdos infantiles. Por otra, los *Apuntes importantes*, totalmente proyectado a definir su futuro como profesional, organizado a la manera de una agenda: elabora un programa que ocupará los próximos cinco o seis años, es decir hasta cumplir 36 o 37. Enuncia el tratamiento de temas sociales, geográficos, políticos, que revele el conjunto de “mis creencias y aptitudes”; un plan ambicioso de intervención en la opinión pública, que culmina en su concepción del “arte de gobernar”, así presentado:

La “teoría de la ciencia social y del arte de gobernar”, que tengo trazada y comentada en que trataré todos los problemas fundamentales de ciencia constitucional, de Dro. Público, de legislación civil y penal y de economía política, cuyo estudio es la base del *arte de gobernar* enteramente distinto de la ciencia de gobernar. Espero hallar en la libertad y el reconocimiento del derecho y de la ley del progreso, la solución de todas las cuestiones (197).

Lo sigue el diseño detallado de una práctica literaria con diversos géneros –una novela de costumbres, un poema y una comedia–, de modo de conocer “mis verdaderas aptitudes para tal o cual ramo de la literatura” (193).¹¹

¿A quién se da el diario como legado?

Comprobamos aquí la verdad de la afirmación de Philippe Lejeune (2007): “Un diarista nunca es el amo de la continuidad de su texto”. Samper sostiene la escritura del diario y es también su destinatario. Respondemos así a la pregunta planteada en el subtítulo de esta parte, tomada de *Le Journal intime* de Françoise Simont-Tenant, pregunta imprescindible cuando se considera un diario íntimo. Aquí ese destinatario, ignorado al comienzo o, mejor, temido e inconscientemente deseado, se perfila hacia la mitad del diario como figura textual (“[...] si él viera algún día este diario en que se retrata toda mi alma. Todos mis íntimos sentimientos [...] Esta idea me persigue, porque sé que algún día él querrá leer esto. Aun he pensado quemarlo para que jamás lo vea.”, 14 de septiembre de 1854, 393). La figura de Samper le da coherencia a la escritura acumulativa del día a día y a la habitual presencia de la reiteración,

9. “La vida es un trabajo, un oficio que vale la pena aprender”, la cita pertenece a la novela *Gobseck*, de Honoré de Balzac, publicada inicialmente por entregas en *La Mode* (1830) con el título *El usurero* y editada con el título definitivo en la edición Furne de *La Comedia Humana* en 1842.

10. Véase sobre este tema el artículo de Carolina Alzate incluido en *Relatos autobiográficos y otras formas del yo* (2010), y el Estudio introductorio de Catharina Vallejo a la edición de *Una holandesa en América* (Acosta de Samper, 2007a).

11. El manuscrito es parte de un archivo de la familia Samper Acosta perteneciente a la Biblioteca del Instituto Caro y Cuervo. Véanse otros datos interesantes en la editora del manuscrito, María Victoria González, incluidos en su artículo “Biografía Intelectual en Soledad Acosta de Samper” (Acosta, Alzate: 2010, 191-209).

12. En el manuscrito no se apunta el nombre de Samper, Acosta utiliza un signo similar a una Z, lo llama también su Trovador y cuando ya se han comprometido, lo llama Pepe.

13. El diario de Samper, aún inédito, se conserva en Yerbabuena, donde está también el original del de Soledad Acosta. Samper publicó sus memorias en 1881, tituladas *Historia de un alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea*, en Bogotá (Impr. de Zalamea hnos.). También dedicó un poema, "Tu diario", al diario de su novia, reproducido en el Anexo 2 de la edición que utilizamos. (Puede consultarse en Internet la edición facsimilar del diario de José María Samper, además de otros manuscritos, en la Biblioteca Digital Palabra del Instituto Caro y Cuervo. Disponible en: <http://www.bibliodigitalcaroycuervo.gov.co/70/> Fecha de consulta: 14 de setiembre de 2013).

14. En el anexo 2 se incluyen los versos de Samper mencionados en el diario. Pertenecen a los libros *Flores marchitas* (1849) y *Ecos de los Andes* (1853). Samper le ha enviado también, anota el 27 de abril de 1854, un *album* con poemas y prosas suyas, antes de abandonar Bogotá el 26.

suprimiendo además el carácter indeterminado del comienzo y del final.¹² El día anterior a su boda marca el final del diario y la promesa del comienzo de uno nuevo que estará a cargo de su marido, en tanto se ha ido convirtiendo en destinatario implícito primero, luego explícito y, finalmente como lector autorizado, que comparte al mismo tiempo el intercambio de lecturas de dos nuevos diarios, aunque por breve tiempo, uno de Acosta y otro de Samper, de escritura simultánea.

Como en muchísimos otros ejemplos, en el nuestro lo secreto pasará a convertirse en diálogo: los avatares de la ausencia, la duda y el deseo se amalgaman con el aprendizaje de la comunicación mutua, acentuado a medida que el diario avanza con el intercambio de los diarios íntimos expresada en la cita del 23 de abril de 1855.¹³ Siempre el primer destinatario es el redactor mismo, pero aquí el diálogo amoroso comenzado al amparo de la lectura de poemas y otros textos de Samper dan pie a las alabanzas de su talento y al cumplimiento de la ambición de sus "sueños más dorados", ser amada por un poeta.¹⁴ Enseguida empieza a dirigirse a Samper de tú, cruzando a veces arrebatadamente la débil frontera que separa la intimidad del diario a la confianza de la carta, que nos habla además a las claras de la frecuente exaltación de los sentimientos que pareciera, por los versos de Samper transcritos hace casi un año, en la entrada del 2 de abril de 1853, también compartida por él. "Mi único consuelo es leer sus cartas", se confiesa el 29 de noviembre de 1854 (436). Durante la guerra civil las espera impaciente y se concentra en ellas y en sus versos, o de autores que Samper le recomienda o le ha regalado.

Este nuevo diálogo se entabla cuando se intensifican las dificultades de ella de dar idea de sí, de atenuar las discordancias entre su aparente frialdad o indiferencia, motivo de reproches de amigos y parientes, pero sobre todo de Samper ("¡No sabes tú cuando hablas de mi diario que él consiste enteramente en pensamientos dedicados a ti! ¡Que mi diario es el grito secreto que se eleva e interroga tu espíritu!", 2 de abril de 1854, 181-182).

"Confiar el diario es triunfar de los últimos pudores", leemos en Gusdorf, al recordar un intercambio mutuo similar entre Clara y Robert Schumann, Tolstoi y su esposa o entre Virginia Woolf y su marido (398). El 24 de marzo de 1854, ya iniciado el noviazgo, expresa Soledad sus reticencias ("Se habló de mi diario y dijo que desearía ver aunque fueran dos líneas (...) Yo nunca se lo podría mostrar", 163) para recién bastante más tarde, a fines de ese año, confiarle una página y él una del suyo, inaugurando un concierto de confianzas que veladamente descansaba en los libros ("Cuatro líneas no más porque tengo que irme a acostar y he pasado el tiempo que tengo para escribir en leer el diario de mi Pepe, que me trajo esta tarde.", 23 de abril de 1854, 541).

Seguramente el largo comentario en *La mujer en la sociedad moderna*, de los vínculos entre el diario de los hermanos Guerin, nos hace entrever el recuerdo de la escritura de su diario y del diario de José María Samper, y del que él seguirá escribiendo sobre la vida de ambos luego del matrimonio –"¡Veinte días no más faltan, mi diario, para decirte adiós! Después él escribirá el diario de *nuestra vida!*" (14 de abril de 1855, 537)–. Pero el artículo de Carolina Alzate, aparecido en *Revista de Estudios Sociales* de agosto de 2006 (35), da una nueva perspectiva al intercambio de los textos, pues en la colección de manuscritos de la familia Samper Acosta (el diario que venimos comentando forma parte del mismo) la investigadora descubre otro de Samper, escrito entre el 1º de enero y el 4 de mayo de 1855, día anterior a la boda. Ese primero de enero compra un álbum en blanco, para que Soledad use para su diario y otro igual para él.

Simonet-Tenant se pregunta si se puede hablar de un diario epistolar, pues si bien hay rasgos compartidos, la comunicación diferida de toda carta, es decir, la distancia entre el momento de la escritura y el de la recepción crea diferencias decisivas, además del

papel que juega en las cartas, sobre todo quizás las amorosas, en cuanto comprometen configuraciones para sí y para el otro por parte del sujeto que las escribe, al mismo tiempo que conforman una imagen del receptor como solicitando calladamente que se acomode a ellas y colme sus expectativas, que no demore las respuestas. Alzate tiene muy en cuenta estas diferencias. Transcribo brevemente algunos de sus comentarios, a la espera de que nuevamente nos brinde la transcripción de ambos textos: “La estrategia de Samper lo es en sentido doble: en su diario son menos evidentes los rasgos *masculinos* (...): su diario es una estrategia no tanto de construcción de sujeto como de seducción de la amada (...). Asistimos a algo así como a una *feminización* de Samper y de su diario (...). Todo ello ocurre como parte de la seducción: los autobiografemas esenciales son la sensibilidad y la alabanza del espacio doméstico”. Se vale del romanticismo de Soledad, “pero no titubea, ni en conceptos ni en su escritura”, seguro de su competencia demostrada en sus libros, sus poemas o sus intervenciones en la prensa. En tanto, Acosta “duda, tacha, recorta y pule su escritura”, un nuevo ejercicio que será útil para cuando se proyecte a competir, y ser admitida, en la esfera pública con sus textos.

Al final del Diario íntimo, Soledad Acosta se hace cargo de cualidades patriarcales de la “mujer virtuosa”, modelo que se funde con el nuevo sentido del rol moral en la formación de los ciudadanos que cumple la mujer republicana y patriota surgido con la independencia.¹⁵ Su actividad se proyecta más allá del ámbito doméstico, en una esfera pública cerrada, como era la de Colombia (no muy diferente de la mayoría de las sociedades latinoamericanas del siglo XIX), favorecida por la expansión del periodismo, en el cual bregó por el reconocimiento de la capacidad femenina como profesionales y como trabajadoras en muy diferentes funciones, al mismo tiempo que reclama al estado una ampliación moderna y útil de los contenidos de las escuelas para mujeres.¹⁶ Alentó en las revistas que dirigió la producción literaria, haciendo conocer en sus artículos a las mujeres escritoras de América Latina, contribuyendo a disminuir la ansiedad y los miedos femeninos al exponerse a la publicación. En esta perspectiva, ligada a la importancia dada a la literatura en la formación nacional de los ciudadanos, se basará Samper al prologar la colección en libro de los relatos de su esposa aparecidos en la prensa con el título de *Novelas y cuadros de costumbres de la vida suramericana*: “(...) y ya que su sexo no le permitía prestar otro género de servicios a esa patria, buscó en la literatura, desde hace más de catorce años, un medio de cooperación y actividad.” (Alzate, Ordoñez: 2005, 41).

15. “La moralización de las sociedades hispanoamericanas, agriadas por largas series de revoluciones, de desórdenes y de malos gobiernos, está indudablemente en manos de las mujeres, cuya influencia, como madres de futuras generaciones, como maestras de los niños que empiezan a crecer y como escritores que deben difundir buenas ideas en la sociedad, deberán salvarla y encaminarla por la buena vía”. Prospecto de presentación del primer número de *La Mujer*, fundado por Acosta (1878-1881)

16. Discurso en la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892 en Madrid destaca a las mujeres que se han distinguido como profesionales y puntualiza que si muchas hispanoamericanas “son apocadas en las cosas que atañen al espíritu, la culpa no es de su inteligencia sino de la insuficiente educación que se les ha dado” (Alzate, 2006b).

Bibliografía

- » Acosta de Samper, S. (2003). *Diario íntimo y otros escritos*. Edición y notas de Carolina Alzate. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá.
- » ——— (2004). *Novelas y cuadros de la vida suramericana*. Edición y notas de Monserrat Ordóñez. Bogotá, Universidad de los Andes-Pontificia Universidad Javeriana.
- » ——— (2007a). *Una holandesa en América*. Edición al cuidado de Catharina Vallejo. La Habana, Bogotá, Casa de las Américas, Universidad de Los Andes.
- » ——— (2007b). *José Antonio Galán. Episodios de la guerra de los comuneros*. Edición y notas de Carolina Alzate, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander.
- » Acosta, C. E., Alzate, C. (comps.) (2010). *Relatos autobiográficos y otras formas del yo*. Bogotá, Siglo del Hombre editores y Universidad de los Andes.
- » Alzate, C. (2003). *Soledad Acosta de Samper. Una historia entre buques y montañas*. Bogotá, Colciencias.
- » ——— (2005). “El *Diario íntimo* de Soledad Acosta de Samper: configuración de una voz autoral femenina en el siglo XIX”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 62, 2º semestre, 109-123.
- » ——— (2006a). “El diario epistolar de dos amantes del siglo XIX. Soledad Acosta y José María Samper”. En *Revista de Estudios Sociales* 24. Bogotá.
- » ——— (2006b). “En los márgenes del radicalismo: Soledad Acosta de Samper y la escritura de la nación”. En Sierra Mejía, R. (ed.), *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- » ———, Ordóñez, M. (comps.) (2005). *Soledad Acosta de Samper. Escritura, género y nación en el siglo XIX*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert.
- » Bermúdez, S. (1993). *El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical*. Bogotá, Uniandes.
- » Samper, J. M. (1881). *Historia de un alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea*. Bogotá, Imprenta de Zalamea hnos.
- » Zanetti, S. (2005). “En tono menor. Lectura y diario íntimo. El diario de Soledad Acosta de Samper”. En *Remate de Males Papéis pintados com tinta: Estudos em História do Livro e da Leitura –Homenagem a Marisa Lajolo*. Organización del volumen Márcia Abreu, n. 27 (1). Campinas, Unicamp.

Bibliografía teórica utilizada

- » Blanchot, M. (1959). *Le livre à venir*. París, Gallimard.
- » Braud, M. (2006). *La forme des jours. Pour une poétique du journal personnel*. París, Seuil.
- » Didier, B. (1996). *Le journal intime*, París, PUF, 1976. *El diario íntimo*, *Revista de Occidente*, 182-183, Toledo, julio-agosto.
- » Genette, G. (1987). *Seuils*. París, Seuil.

- » Girard, A. (1963). *Le journal intime*. París, PUF.
- » Gonzalez-Stephan, B. (2005). “La in-validez del cuerpo de la letrada. La metáfora patológica” en *Revista iberoamericana* 71, 210. enero-marzo, 55-75.
- » Gusdorf, G. (1990). *Lignes de vie. I Les écritures du moi*. París, O. Jacob.
- » Lejeune, P. (1997). “Tenir un journal. Histoire d’une enquête (1987-1997)” en *Poétique* 111.
- » ——— (2007). “Le journal comme autofiction” en *Poétique* 149, febrero.
- » Rousset, J. (1986). *Le lecteur intime. De Balzac au journal*. París, Librairie José Corti, *passim*.
- » Simonet-Tenant, F. (2004). *Le journal intime. Genre littéraire et écriture ordinaire*, París, Téraèdre.
- » VV. AA. (1978). *Le journal intime et ses formes littéraires*. Actes du colloque de septembre 1975. París, Droz.

